Tema 3

La teología en la Edad Moderna y en el siglo XIX

I. Los siglos XV y XVI. Mística, humanismo, Reforma y segunda escolástica: confrontaciones y conflictos

A lo largo del siglo XV, la actitud del hombre frente a sí mismo, frente a la naturaleza y frente a Dios sufre una lenta pero profunda transformación. El mundo medieval de la escolástica caracterizado por un fuerte sentido del *cosmos*, es decir, del orden querido por Dios, dentro del cual se encuentra también la criatura humana, no responde ya a las necesidades profundas de un hombre que se descubre, en cierto sentido, como centro del universo.

Cambia también la relación con la historia y con el testimonio del pasado. Lo que para los medievales era un patrimonio que era necesario conservar e incluso aprovechar al máximo, siempre, sin embargo, con un inmenso respeto, se convierte ahora en objeto de crítica y de análisis. Y surge precisamente entonces un florecer de investigaciones a partir de los textos antiguos y un nuevo gusto por la literatura griega y latina, que se presenta como una alternativa a la frialdad de la argumentación escolástica. Esta etapa histórica del mundo occidental se conoce con el nombre de **Renacimiento**, pues hace referencia explícita a un nuevo nacimiento de la *humanitas* clásica de griegos y romanos. No es fácil caracterizar el Renacimiento con pocos rasgos, pues los intérpretes de la historia no se ponen de acuerdo en su valoración, aunque lo que sí parece claro es una exaltación tal del hombre que comienza a polarizar hacia él todas las miradas de la reflexión y todas las ilusiones de un futuro mejor [27].

Este cambio de horizonte conduce a la teología a buscar nuevas respuestas a las nuevas situaciones, para lo cual va a recorrer, al menos, cuatro sendas distintas:

- La primera dirección es la que, partiendo de la experiencia de la fe, busca la **espiritualidad** y la **inspiración mística** que las cuestiones escolásticas ya no

27. Cf. C. VALVERDE, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad* (BAC, Madrid 1996) 26-28.

podían ofrecer. Este es el camino que recorren **Juan Eckhart** (1260-1327), **Juan Gerson** (1363-1429) y **Nicolás de Cusa** (1401-1464).

- La segunda es el camino del **humanismo**. Abandonando las sutiles pero inútiles disquisiciones escolásticas es preciso volver a la frescura de las fuentes, a los textos leídos en su lengua original, en hebreo y en griego, no para encontrar material sobre el que construir sistemas especulativos, sino para inspirar en ellos la propia conducta moral. Un eminente representante de esta corriente es **Erasmo de Rotterdam** (1466-1536), cuyo interés por el humanismo y la nueva ciencia que éste inauguraba lo llevó al rechazo, más que a la superación, de la escolástica medieval y a orientarse hacia la cultura patrística y sus fuentes bíblicas y clásicas. El humanismo, aunque actúa esencialmente en el ámbito literario, renovando el contacto con los textos y con la cultura antigua, también influye, en cierta medida, en la teología. La pasión por la Escritura, elemento fundamental en la vida de Lutero, no se comprende sin la actividad filológica de los humanistas y, en la primera mitad del siglo XVI, el teólogo español **Melchor Cano** (1509-1560) trata de elaborar una metodología teológica que tenga en cuenta también los resultados de la investigación histórica sobre las fuentes de la fe.

- Similar al camino emprendido por los humanistas, además de por la referencia continua al texto de la Escritura, también por el rechazo radical de la teología escolástica, es el que recorre **Lutero** (1483-1546) y la Reforma protestante que con él se pone en marcha. El distanciamiento de la tradición católica se realiza en nombre de un agustinismo radical que niega toda *bondad* a las criaturas consideradas en sí mismas y toda eficacia a las mediaciones creaturales entre el hombre y Dios. El problema de fondo para Lutero es el de la salvación. También la teología antes de preocuparse de saber *cómo son las cosas*, debe responder a la pregunta *¿cómo me puedo salvar?* La respuesta no nos la da la investigación racional, ni la filosofía aplicada a la revelación, sino la **cruz de Cristo**. El verdadero conocimiento de Dios sólo puede ser la *sabiduría* de la cruz de la que habla san Pablo. La **Reforma** es una revisión crítica de todo el edificio dogmático tradicional que, aprovechándose de la aportación humanista, rechaza, sin embargo, la confianza humanista en el hombre natural. Ateniéndose a la *sola* Escritura, formula una interpretación de la salvación que está *solamente* en Jesucristo, y que cada cual debe apropiarse mediante la sola fe. De esta forma, la teología se presenta como *teología de la cruz*, radicalmente opuesta a la *teología de la gloria* de la escolástica. En las tesis de Heidelberg (19-21), Lutero enuncia, de modo programático, con un lenguaje de tintes muy fuertes, su concepción de la teología:

> "No puede llamarse en justicia teólogo al que crea que las cosas invisibles de Dios pueden aprehenderse a partir de lo creado (19), sino, mejor, a quien aprehende las cosas visibles e inferiores de Dios a partir de la pasión y de la cruz (20). El *teólogo de la gloria* llama al mal bien y al bien mal: el *teólogo de la cruz* llama a las cosas como son en realidad" (21).

La metodología teológica de Lutero consiste, pues, en contraponer la *teología de la gloria* (la que establece una continuidad entre el orden del conocimiento natural y el de la fe) y la *teología de la cruz* (la que pone de manifiesto la contraposición entre la ley y el evangelio, entre el mundo y Dios). Lutero lleva a sus últimas consecuencias las ideas nominalistas, separando irreductiblemente los

órdenes natural y sobrenatural. Esto significa que de Dios sólo podemos conocer lo que Él nos revela, y esta revelación no está al alcance de nuestra razón. De ahí que sólo tengamos acceso a la misma por Cristo, que nos otorga la justicia que nos salva.

- El último de los caminos que emprende la teología en los siglos XV y XVI es el representado por cuantos se empeñan en continuar la **tradición escolástica**, asumiendo no sólo sus principios, sino también su problemática y su método. Esta tradición se dedica, fundamentalmente, a comentar a los grandes maestros del siglo XIII. La teología de Tomás de Aquino fue objeto de una interpretación innovadora, con la cual se modificaron intentos, método y contenidos. No tanto la verdad creída, sino el acto de creer se convirtió en el objeto de la investigación teológica, que se esforzaba en profundizar la certeza de la propia fe. Podemos recordar la obra de **Tomás de Vio**, llamado Cayetano (1469-1534), con el cual se pasa del comentario de las *Sentencias* de Pedro Lombardo al de la *Summa* de santo Tomás. En esta misma línea están las obras de los teólogos españoles de la escuela de Salamanca (**Francisco de Vitoria, Domingo Soto, Domingo Báñez** y el ya mencionado **Melchor Cano**, entre otros) y las de los teólogos de la Compañía de Jesús (**Francisco Suárez, Gabriel Vázquez, Luis Molina**...)

> *En muchos de estos autores la* ***teología*** *se presenta como "ciencia de las conclusiones", entendiendo con esta expresión el modo particular de razonar en el que se parte de un principio de fe y de una verdad de razón para deducir, mediante una operación lógica, una conclusión "teológica".*

Si un procedimiento semejante permanece estrechamente vinculado al dato revelado y a la razón correctamente entendida puede tener una cierta plausabilidad, pero corre el riesgo de reducirse a un simple juego intelectual, y la teología de los siglos siguientes sufrirá dramáticamente sus consecuencias.

Vía mística, humanismo, Reforma, segunda escolástica caracterizan la vida de la Iglesia en los siglos en los que adquiere consistencia la cultura moderna. Son experiencias que ejercen entre sí una acción mutua y que, a veces, entran en conflicto.

Un momento clave lo constituye el concilio de Trento (1545-1563), con el que:

- por una parte, se reconoce la ruptura que ha tenido lugar en el mundo cristiano y,
- por otra, la Iglesia católica reafirma y aclara su identidad en relación con la Reforma protestante y en oposición a ella.

La teología de escuela se pone al servicio de la llamada **contrarreforma**, que es posible llamar **reforma católica**, pero emprende un camino que, además de caracterizarse por una actitud de controversia (consecuencia de la necesidad de combatir los errores verdaderos o presuntos de los adversarios), no parece ser el que sigue la conciencia del hombre occidental de aquel tiempo. En efecto, el desa-

rrollo de la ciencia y la elaboración de una filosofía que se va reconociendo más autónoma, si no precisamente de la fe, sí en relación con la teología, parecen ajenos al pensamiento que recoge la herencia escolástica.

Sigue siendo significativo el ejemplo de **Descartes** (1596-1650) y su intento de interpretar filosóficamente al hombre y al mundo sin recurrir a premisas de tipo teológico, frente al cual la teología moderna no ha sabido situarse de forma seria y positiva. La razón ya no se detendrá en su tarea crítica ni ante la tradición, ni ante la fe, no encontrará inconveniente ninguno en renunciar a todo para examinarlo todo. El espíritu de crítica racionalista, optimista y ufana de sí, dominará la segunda mitad del siglo XVII y, sobre todo, el siglo XVIII, al que se llamó *siglo de las luces o Ilustración*, pues, al fin, la razón venía a disipar las tinieblas de la superstición, del fanatismo y de las metafísicas medievales. Filosofía moderna y teología escolástica vivirán, de ahora en adelante, una vida propia y este distanciamiento dejará sentir su peso más allá del siglo XVI.

Nos queda todavía poner de relieve cómo, en este período, empieza a tomar forma una teología orgánica sobre el tema de la Iglesia y cómo aquella parte de la teología que se refiere a la vida y al comportamiento del cristiano (*moral*), se separa de la teología que estudia los contenidos de la fe (*dogmática*), dando origen a una disciplina autónoma (*teología moral*).

II. Del siglo XVI al XVIII. La ruptura de la síntesis

A fines del siglo XVI la síntesis medieval parece irremediablemente fragmentada. No sólo la teología se ha alejado de la filosofía (y viceversa), sino que dentro de la misma teología se asiste al nacimiento de diferentes *disciplinas y especializaciones*, como en el caso, que acabamos de recordar, de la teología moral.

En la *Summa* de santo Tomás la **doctrina sagrada** se presenta como un conjunto unitario, orgánico y articulado. En el siglo XVI empiezan a publicarse tratados que, ya en su título, ponen de manifiesto especializaciones que se refieren al objeto y al método. Así, tenemos una **teología bíblica, dogmática, moral, espiritual, escolástica, positiva, apologética**... Naturalmente, el problema no está tanto en la exigencia de distinguir los diversos ámbitos de estudio, cuanto en el hecho de que, a veces, se crean situaciones de auténtica incomunicación entre ellos.

El pensamiento teológico ya no se elabora y se transmite en la universidad (salvo en casos concretos, como el de las universidades alemanas). La teología casi exclusivamente se estudia en los seminarios y en las escuelas de los conventos con vistas a la formación del clero y de los religiosos. También los géneros literarios en los que se expresa la teología se resienten de este desarrollo y, a partir de la mitad del siglo XVII, aparecen los primeros **manuales**, cursos sistemáticos en los que el saber teológico se presenta en su momento **positivo** (recogida y análisis de las fuentes y del dato revelado), **dogmático** (racional y especulativo) y **polémico-apologético**.

Cualquier tema (la Trinidad, la persona humano-divina de Cristo, la creación, la gracia, etc.) se trata siguiendo un esquema común: se presenta la **tesis** que se va a demostrar con las distintas opiniones sobre el tema, se presentan las **pruebas**, deduciéndolas primero de la sagrada Escritura y de los documentos de la Iglesia y, después, de las razones teológicas. Se propone, finalmente, la solución a las **dificultades** que la misma tesis puede suscitar, para concluir con algunos **corolarios** que ofrecen indicaciones para la vida y la piedad del lector.

El género *manual*, aunque en muchos aspectos representa una *cristalización* del saber teológico, manifiesta, por otra parte, la exigencia de sistematizar este saber en una síntesis lo más comprensible y completa posible. Es un signo del espíritu ilustrado que atraviesa la cultura europea entre el siglo XVII y el siglo XVIII y que influirá en los teólogos, especialmente en los que experimentan con más fuerza la exigencia de una confrontación con la cultura moderna.

Los resultados, sin embargo, no serán siempre afortunados, a causa de la tendencia a dejar reducida la revelación a los límites de las posibilidades de la razón, como es el caso de la teología del alemán **Hermes** (1775-1831), basada en las reflexiones de filósofos como **Kant** y **Fichte**.

III. El siglo XIX. La difícil confrontación con la filosofía, la historia y las ciencias de la naturaleza

Recogiendo la herencia del humanismo moderno y del iluminismo, el siglo XIX se presenta con toda una serie de fermentos y de exigencias de renovación:

- La **revolución francesa** ha constituido una experiencia decisiva para la conciencia europea.
- La **industrialización** naciente cambia las relaciones sociales, dando origen a entusiasmos y a críticas radicales.
- Se desarrolla y se difunde un fuerte **sentido de la historia**, no ya solamente entendido como recuperación de los textos y de la tradición antigua, sino como concepción general del hombre y del mundo: se convierte en una convicción cada vez más difundida la de que no se puede comprender la realidad si no se la sitúa en un punto preciso del espacio y del tiempo, si no se la observa en su incesante devenir.

Las filosofías de **Vico**, de **Hegel** o de **Comte**, el movimiento artístico-literario del romanticismo reflejan, de formas diferentes, esta misma conciencia, acompañada en general de una gran confianza en el progreso y en la capacidad del espíritu humano. Se puede afirmar que, hacia 1860, en el conjunto del mundo cristiano occidental se cobró conciencia de la revisión crítica a que la ciencia sometía muchas de las afirmaciones tradicionales[28].

28. Es relevante recordar aquí que en 1859 **Charles Darwin** publicó *El origen de las especies*.

La teología se resiente de esta nueva forma de concebir y de vivir la historia, especialmente allí donde está más abierta a las exigencias de la cultura. Las reacciones son diversas:

- Se acentúa, por una parte, la crítica a la escolástica, acusada de abstracción, de racionalismo, de falta de sentido de la realidad. La escolástica, según sus críticos, atomiza el conjunto del misterio cristiano en tesis, carece de carácter orgánico, es abstracta y enteramente dialéctica, diserta y acumula los argumentos a propósito de las cosas, y no ayuda a captar la realidad misma[29].
- Se insiste, por parte del magisterio pontificio, en el valor de la razón y en la necesidad de restaurar una filosofía cristiana, capaz de contribuir de forma positiva a la elaboración de una teología digna de la gran tradición medieval. No hay que olvidar que, como ha señalado Y. CONGAR, el problema capital del siglo XIX, y que envuelve todos los demás, parecía ser fundamentalmente (después del gran cataclismo de la revolución) el de una restauración de la autoridad. Autoridad de la fe, autoridad de la Iglesia: no en sí solamente, sino prácticamente y para hombres concretos[30].

Empiezan a ser explorados terrenos nuevos, como el de la *pastoral*, la *teología pastoral* se establece como una disciplina autónoma, con la finalidad de preparar a los futuros sacerdotes a desarrollar su ministerio.

El **concilio Vaticano I** (1869-1870), a pesar de que no se pudo concluir, representa para la Iglesia católica el momento culminante de los esfuerzos realizados a lo largo del siglo para ofrecer una imagen fuerte, orgánica y clara de sí misma y de su doctrina. Este concilio buscó un camino capaz de evitar los peligros opuestos del tradicionalismo radical y aquella cultura moderna y liberal de la que se denunciaban el individualismo, el subjetivismo, el agnosticismo y el ateísmo. La clarificación del concepto de revelación fue decisivo en dicha asamblea conciliar. Esta, frente a las pretensiones de autonomía y autosuficiencia de la razón moderna, afirma la total dependencia que el hombre tiene respecto de Dios y la sumisión de la razón creada a la verdad increada. En contra del **racionalismo** y del **naturalismo**, que sólo conceden vigencia a la razón humana y a la naturaleza, el concilio defiende el carácter sobrenatural y no debido del orden de la salvación y de la revelación de la salvación divina. La forzada interrupción del Concilio[31] favoreció una interpretación de las enseñanzas conciliares orientada a entender la Iglesia sobre todo como sociedad perfecta, con dimensiones propiamente políticas[32].

Al intentar describir la nueva orientación en el modo de pensar la teología y en la forma de recibir las invitaciones y las exigencias de las más diversas tendencias, se pueden distinguir seis momentos significativos:

29. Cf. Y. CONGAR, *La fe y la teología*, 339.
30. Cf. *Ibid.*, 341.
31. La guerra franco-alemana hizo que la mayoría de los padres conciliares se marchasen de Roma. Luego, una vez que quedó anexionado al reino de Italia lo que quedaba de los Estados Pontificios, Pío IX pensó que no estaba garantizada la libertad del Concilio, y el 20 de octubre de 1870 declaró que éste se aplazaba *sine die*.
32. Cf. G. BOF, *Teología católica* (San Pablo, Madrid 1996) 169-170.

La escuela de Tubinga

En Alemania, precisamente en la ciudad universitaria de Tubinga, hay un grupo de teólogos pertenecientes a lo que se va a llamar la Escuela de Tubinga. Con cierta dependencia intelectual del romanticismo alemán (**Schelling**) así como del subjetivismo experiencial de **Schleiermacher**, las principales aportaciones de esta escuela irán en la dirección de la asunción de la historia y del mundo, con una concepción original de la Iglesia como *organismo vivo* y, en consonancia con esta idea, las aportaciones que hacen para explicar la *evolución del dogma*. Quizá sea **Johann Adam Möhler** (1796-1838) la figura más profunda de esta escuela, habiendo prestado con sus dos grandes obras, *La Unidad de la Iglesia* (escrita cuando tenía 28 años) y la *Simbólica* (escrita a los 35 años), una contribución de primer orden a la moderna concepción de la Eclesiología y la Teología Ecuménica. Si en la primera la Iglesia es concebida como comunidad animada por el Espíritu Santo, en la segunda aparece la Iglesia como la encarnación continuada del Verbo eterno de Dios. Otros representantes de la escuela de Tubinga son **Johann Sebastian von Drey** (1777-1853) y **Johannes Evangelist von Khun** (1806-1887).

John Henry Newman

En Inglaterra es **John Henry Newman** (1801-1890) el que ofrece una perspectiva renovada en el estudio de los problemas relativos al desarrollo del dogma y a la dinámica del conocimiento de la fe. Muy en consonancia en diversos aspectos con los teólogos de la Escuela de Tubinga, su propuesta, sin embargo, sigue otros derroteros. A Newman y Möhler se les considera las dos *antenas sensibles* de la eclesiología moderna. Newman supera en su obra el concepto puramente intelectual de tradición y de desarrollo de la misma, integrándolo en una visión más amplia de los caminos recorridos por la fe y por la inteligencia humana. Convencido de las insuficiencias y los límites de la teología oficial de las escuelas y del cuestionamiento de la fe, fruto de la aparición de los métodos históricos y de la nueva cultura científica, Newman deseaba un esfuerzo de investigación que diese la prioridad a los estudios bíblicos y patrísticos. A pesar de las incomprensiones que padeció a instancias del sector ultramontano (más tradicionalista) de la Iglesia, Newman abre el camino a la aceptación de nuevas exigencias y valores de la razón al servicio de la fe. El valor de la historicidad, el valor del progreso en la búsqueda de la verdad y en las preparaciones humanas de la adhesión a la fe, la recuperación del valor patrístico del misterio y la sacramentalidad. Los dos grandes principios de su pensamiento son el del *desarrollo* y el del *asentimiento*. Gracias al desarrollo comprendía la historia, y por el asentimiento comprendía el mundo interior[33].

La neoescolástica

En Italia y en Francia surge el intento de inyectar savia en el gran árbol de la teología escolástica. La vuelta a los grandes maestros del siglo XIII es la circunstancia que permite el nacimiento de una **neo-escolástica** y de un **neo-tomismo**, vinculados a la tradición, pero atentos a evitar la sequedad del abstracionismo y del racionalismo de los siglos XII y XIII. El neotomismo aspiraba al renacimiento de la filosofía y la teología especulativa, entendida también como específica y necesaria

33. Cf. E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana* III (Herder, Barcelona 1992) 634-635.

condición para la defensa de la verdad sobrenatural y objetiva de la Escritura y de la revelación. Ésta gozaba de la interpretación eclesiástica, puesta en peligro por el naturalismo y el subjetivismo difundido en la conciencia moderna, a los que seguía el historicismo contribuyendo a la disolución de la fe en la temporalidad. Los nombres más significativos son los reunidos en la llamada escuela romana: los jesuitas **Giovanni Perrone** (1794-1876), **Carlo Passaglia** (1812-1887), **Joseph Kleutgen** (1811-1883), **Luigi Taparelli d'Azeglio** (1793-1862) y, de forma original, **Johannes Baptist Franzelin** (1816-1876) y **Matthias Joseph Scheeben** (1835-1888).

Este movimiento tuvo el reconocimiento del magisterio pontificio, empeñado en una vasta acción de restauración de un orden social y cultural cristiano. En 1879, León XIII, con la encíclica *Aeterni Patris*, proclama a santo Tomás maestro *oficial* de la Iglesia católica y da paso a un programa de reforma de los estudios en sentido tomista, que será continuado por su sucesor, Pío X, y que se impondrá sucesivamente en las universidades eclesiásticas, encontrando en Lovaina (Bélgica) y en Roma los centros de elaboración y de irradiación más significativos.

En el plano doctrinal, la neoescolástica contribuyó a justificar y formular la condena del pensamiento moderno. Lo que se denunciaba era más la orientación que estaba tomando la sociedad que el error concreto de unos individuos. Y este error de la sociedad se entendía más enraizado en el plano histórico y político, que en el de las teorías; específicamente en el *humus ético* que la fundamenta: en el orgullo[34].

La teología liberal protestante

Hasta aquí nuestro interés se ha limitado al desarrollo de la teología en el ámbito católico. Ahora es preciso indicar, brevemente, los movimientos que tienen lugar en las Iglesias surgidas de la Reforma.

En el clima del liberalismo del siglo XIX, caracterizado por la oposición a la tradicional organización estatal y eclesiástica de sello conservador, se busca una síntesis entre el mensaje cristiano y las exigencias de los tiempos. En el **ámbito protestante** se pasa de una rígida defensa de la ortodoxia (en sentido reformado) a la elaboración de una nueva teología, la llamada **teología liberal**, marcada por un concepto de libertad forjado por aquella filosofía individualista que dominó la comprensión de la burguesía del siglo XIX. Las raíces de esta corriente se pueden encontrar en Hegel y, más aún, en el filósofo y pedagogo alemán Friedrich Schlaeiermacher (1768-1834). Sus principales exponentes, **Albrecht Benjamin Ritschl** (1822-1889), **Adolf von Harnack** (1815-1930) y **Ernst Troeltsch** (1865-1923), se esfuerzan en demostrar que existe una continuidad entre el mensaje cristiano y la cultura humana, de forma que llegan a concebir el cristianismo solamente como una expresión, quizá la más elevada, de la religiosidad humana.

Y si consideran que el cristianismo no es una revelación sobrenatural sino una auténtica realización de la esencia humana, no es extraño que acaben reduciendo la fe cristiana a una ética, pues para ellos el cristianismo se centra más en los valores que en las verdades. El reino de Dios se reduce al ámbito *ético-moral*. Jesús es salvador en cuanto maestro o modelo de una moral intachable. Su anun-

34. Cf. G. Bof, *Teología católica*, 172-173.

cio del reino coincide con la primacía del amor como impulsor de un comportamiento ético generador de un mundo nuevo. La Iglesia, los dogmas, la misma persona histórica de Cristo tienden a perder su carácter absoluto. Lo que cuenta es el mensaje moral que a través de ellos se transmite, el sentimiento religioso del que son testimonio y en el que todo hombre se puede reconocer, más allá de cualquier vínculo eclesiástico o dogmático.

El modernismo

A finales de siglo, la Iglesia católica se ha encontrado con un movimiento cercano, en muchos aspectos, al intento realizado en el ámbito protestante por la teología liberal. A este movimiento, que ha pasado a la historia con el nombre de **modernismo**, pertenecen teólogos como **Alfred Loisy** (1856-1940), **George Tyrrel** (1861-1909), **Ernesto Buonaiuti** (1881-1946) y **Romolo Murry** (1870-1944), los cuales, más que formular un sistema teológico o un conjunto de doctrinas, coinciden en el deseo de repensar la teología católica utilizando los instrumentos metodológicos y filosóficos elaborados a lo largo del siglo, sobre todo por parte de las ciencias históricas. En su sentido estricto e histórico, el modernismo designa una crisis del pensamiento dentro del catolicismo que se manifestó a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

A cierta distancia, muchos historiadores se han sentido inclinados a considerar el modernismo en una unidad y una cohesión que jamás tuvo. El modernismo no formó un todo más que por su condenación de conjunto por el decreto *Lamentabili* (17 de julio de 1907) y la encíclica *Pascendi* (8 de septiembre de 1907). Se pueden, sin embargo, señalar algunas tendencias comunes en algunos autores de este período: un esfuerzo por superar cierta teología esclerotizada, un intento de reformulación de la fe adaptada al hombre moderno, una verificación de los fundamentos del cristianismo con la ayuda de los nuevos métodos críticos e históricos. Movido por el deseo de devolverle a la Iglesia su influjo espiritual sobre los contemporáneos, el modernismo constituye un intento de renovación de la exégesis, de la historia y de la teología en el surco de un pensamiento que sospechaba de todo dogmatismo y que estaba familiarizado con los nuevos métodos de interpretación de los textos[35].

Ante estas posiciones se comprende la fuerte reacción por parte del magisterio eclesiástico, aunque no se pueden negar los excesos a los que dio lugar y el clima de desconfianza frente a hombres seriamente comprometidos en la investigación teológica, clima que, durante cierto tiempo, hizo difíciles las relaciones en el interior de la comunidad eclesial.

Así, si bien en un primer momento el baluarte más seguro contra el modernismo estuvo representado por el tomismo y por una repetición con frecuencia poco original de la escolástica, las exigencias de renovación no quedarán a la larga desatendidas y darán sus frutos en el transcurso del siglo siguiente.

35. Cf R. Latourelle - R. Fisichella - S. Pié-Ninot (dirs.), *Diccionario de teología fundamental* (Paulinas, Madrid 1992) 1013-1014.

CONCLUSIÓN

A lo largo de los **siglos XV y XVI** las actitudes del hombre cambian profundamente. En la edad Moderna el hombre se descubre a sí mismo como el centro del universo.

Vía mística, humanismo, reforma protestante y segunda escolástica ejercen entre sí una acción mutua y, a veces, entran en conflicto. El concilio de Trento reconoce la ruptura de la reforma protestante, aclarando su identidad en oposición a ella. La reforma católica emprende un camino que no parece coincidir con la conciencia del hombre de aquel tiempo.

Este distanciamiento entre filosofía moderna y teología escolástica tiene importantes consecuencias. A fines del **siglo XVI** la síntesis medieval queda irremediablemente fragmentada y surgen las distintas especializaciones teológicas.

A mediados del **siglo XVII** aparecen los primeros manuales o cursos teológicos.

En el clima del **siglo XIX** en las comunidades eclesiales de la Reforma se busca una síntesis entre el mensaje cristiano y las exigencias de los tiempos y se pasa de una rígida defensa de la ortodoxia a la llamada teología liberal.

También en la Iglesia católica se da un movimiento cercano a la teología liberal protestante: el modernismo. Sus representantes, más que formular un sistema teológico, intentan repensar la teología católica utilizando los instrumentos propios de las ciencias históricas.

Todo esto va a desembocar en un **siglo XX** que recogerá la herencia del humanismo y del iluminismo, con una serie de exigencias de renovación. Entre ellas es notable el desarrollo de un fuerte sentido de la historia como concepción general del hombre y del mundo, acompañado de una gran confianza en el progreso y en la capacidad del espíritu humano. Se acentúa la crítica a la escolástica y surgen modos nuevos de pensar la teología, al mismo tiempo que se insiste en el valor de la razón al intentar restaurar una teología digna de la gran tradición medieval.

Ejercicios de autocomprobación

Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F)

1. El humanismo del siglo XV, que investiga con una actitud nueva la cultura y los textos antiguos, se centra exclusivamente en el ámbito literario, por lo que no tiene ninguna influencia en teología ..... V F

2. La reforma protestante surge de un agustinismo radical que niega toda eficacia a la mediación de las criaturas entre el hombre y Dios ..... V F

3. La teología de la cruz, que Lutero considera el único punto de partida para el conocimiento de Dios, se opone radicalmente a la teología de la gloria propia de la escolástica ..... V F

4. Los movimientos de renovación surgidos en el siglo XV conducen a un total olvido de la escolástica ..... V F

5. La reforma católica, que pretende salir al paso de los errores de la reforma protestante, se caracteriza, entre otras cosas, por una actitud de diálogo con los disidentes ..... V F

6. La teología católica que, desde los tiempos de los Padres, trata de aprovechar los elementos verdaderos de la cultura contemporánea, para una mejor comprensión de la revelación, se enriquece también con la filosofía que surge en la edad moderna ..... V F

7. Los cursos sistemáticos de teología llamados "manuales" surgen en el siglo XVII, con el fin de adaptarse a las exigencias de renovación propias de la época..... V F

8. El modernismo es un movimiento surgido en la Iglesia católica con el fin de contrarrestar la llamada teología liberal elaborada por las Iglesias protestantes ..... V F